Biblioteca Cervantes

LA NOVELA CORTA

30 CTS.

DON QUIJOTE

Año IV
N.º 201

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 8
Nov 1919

Si esta Revista no tuviera otro fin que el mercenario de un negocio editorial, se limitaría a publicar semanalmente una novela inédita. Pero LA NOVELA CORTA, atenta exclusivamente a su apostolado de divulgación literaria, ha rendido un homenaje por igual, tanto al talento de nuestros más ilustres escritores contemporáneos, como a la Memoria imperecedera de los novelistas españoles del siglo XIX, injustamente preteridos, publicando simultáneamente con estos trabajos, LOS CANTOS POPULARES y LOS REFRANES ESPAÑOLES, y en breve EL ROMANCERO, cumbre de la literatura universal. Al publicar hoy EL QUIJOTE, rinde un tributo al genio del primero de los prosistas castellanos de nuestro siglo de oro, Cervantes, cuya obra inmortal personifica todo el carácter hidalgo y soñador, heroico y aventurero de nuestra raza.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Los mejores capítulos del QUIJOTE seleccionados expresamente por el eminente cervantista, Director de la Biblioteca Nacional, **DON FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN**, de la Real Academia Española. Cada capítulo va precedido de juicios autógrafos escritos expresamente para esta Revista por nuestros escritores más esclarecidos según el siguiente sumario:

Eugenio Sellés	Capítulo	II	**Linares Rivas**.	Capítulo	II
Pardo Bazán.	»	VI	**Azorín**	»	XVI
Ortega Munilla	»	XVI	**Jacinto Benavente**. .	»	XXVI
Antonio Maura	»	XXI	**Palacio Valdés** . . .	»	XLVIII
Alvarez Quintero . .	»	XXII	**Rodriguez Marín**. . .	»	LXVII
Cristóbal de Castro..	»	XXV	**Pérez Galdós**	»	LXXIV

CAPITULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote

Y así sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué que le vino a la memoria que no era armado caballero; y puesto que lo fuera había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura, que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro, que el que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: ¿Quién duda si no que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, su-

bió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: ¡dichosa edad, y siglo dichoso aquel, a donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras. Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: plegaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje· y con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego, luego con quien hacer esperiencia del valor de su fuerte brazo. Vió no lejos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella que a los portales, si no a los alcázares, de su redención le encaminaba. Dióse priesa a caminar, y llegó a ella a tiempo que ya anochecía. Estaban acaso a la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman «del partido», las cuales iban a Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero, todo cuanto pensaba, veía o imaginaba, le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y capiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta (que a él le parecía castillo) y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo; pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vió a las dos distraidas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas, o dos graciosas damas, que delante del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así con estraño contento llegó a la venta y a las damas: las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: Non fuyan las nuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas, como vuestras presencias denuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de manera, que

Escena VII de "La primera salida"

El ventero, las dos mozas.

. . . . . .

Moza 1ª Singular locura, disfrazada en las mu-
chachas para golpear y bien atidas en la
lengua para discurrir, se tabaquita
que no parecieron sino es cuando cabe-
llera.

Eugenio Selles

Don Quijote vino a correrse, y a decirles: bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de al que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo; y pasara muy adelante, si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento; mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció a él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque

Mis arreos son las armas, Mi descanso el pelear, etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano, había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón, que Caco, ni menos maleante que estudiante, o page; y así le respondió: Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar; y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche: y diciendo esto, fué a tener del estribo a Don Quijote, el cual, se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza, que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aún la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él) las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni qui-

tarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pró me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas a oir semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron, si quería comer alguna cosa. Cualquiera yantaría yo, respondió Don Quijote, porque a lo que entiendo me haría mucho al caso. A dicha acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacalao y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacalao, y un pan tan negro y mugriento, como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada, y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servía deste menester. Mas el darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibía en paciencia a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó a caso a la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida; mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPITULO VI

Del donoso y grande escrutinio, que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormía. Pidió las llaves a la sobrina del aposento, donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor Licenciado, rocie este aposento, no esté aquí algún encantador

El escrutinio de la Biblioteca del Ingenioso hidalgo es varias cosas á la vez.

Primero: un catálogo de novelas de caballerías, pastoriles, y poemas heroicos.

Segundo: un artículo de crítica muy fina de cada uno de estos géneros.

Tercero: una clasificación perfecta de la literatura de esa época, que va de la lírica á la épica, desde el Amadís á la Arcadia.

Y por último: un alegato con favor de las letras, que las vendía de la acusación de corromper el espíritu y la mente. Cervantes llama "encantados" á los pobres libros que arrojan la sobrina, el ama y el barbero por las ventanas, hace quemarlos.

Y al Caballero de la Triste Figura tocará saber que no era por leer por lo que se había vuelto loco. Era que ya llevaba en él la locura magnífica de la idealidad.

Emilio de Paredes Bazán

de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado, la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos, que no me-

reciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego, y sino, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes. Mas el cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de «Amadís de Gaula». Y dijo el cura: parece cosa de misterio esta; porque según he oído decir este libro fué el primero de caballerías, que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y asi me parece que como a dogmatizador de una secta tan mala le debemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así como a único en su arte se debe perdonar. Así es verdad dijo el cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él. Es, dijo el barbero: «Las Sergas de Esplandian», hijo legítimo de Amadís de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad señora ama, abrid esa ventana, y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba: Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es: «Amadís de Grecia»; y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero. Y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos (que eran muchos) y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero: «Don Olivante de Laura». El autor dese libro dijo el cura fué el mesmo que compuso a «Jardín de Flores»; y en verdad que no sepa determinar cual de los dos libros es más verdadero, o por decir mejor, menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue, es: «Florismarte de Hircania», dijo el barbero. Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura: pues a fe que ha de parar presto en el corral a pesar de su estraño nacimiento y soñadas aventuras: que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él; y con esotro señora ama. Que me place, señor mío, respondía ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es: «El Caballero Platir», dijo el barbero. Antiguo libro es ese; dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe a los demás sin réplica; y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título: «El caballero de la Cruz». Por nombre tan santo, como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas tambiér se suele decir: tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dijo: este es: «Espejo de caballerías». Ya conozco a su merced; dijo el cura: ahí anda el señor Reynaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce pares, con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso

Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: Digo en efecto que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, escetuando a un «Bernardo del Carpio», que anda por ahí, y a otro llamado: «Roncesvalles», que estos en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remisión alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era: «Palmerin de Oliva»; y junto a él estaba otro, que se llamaba: «Palmerin de Inglaterra». Lo cual visto por el licenciado, dijo: esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde, y se conserve como a cosa única, y se haga para ella otra caja, como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas la una, porque él por sí es muy bueno: y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y «Amadís de Gaula» queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado: «Don Belianis». Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia, y entanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer a ninguno. Que me place, respondió el barbero. Y sin querer cansarse más en leer libros de caballería, mandó al ama que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decía: «Historia del famoso caballero Tirante el Blanco». Válame Dios, dijo el cura, dando una gran voz: que aquí esté Tirante el Blanco! dádmele, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos: aquí está Don Kirieleison de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de a viuda Reposada, y la señora emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero: díguos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida: llevadle a casa, y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho. Así será respondió el barbero Pero

qué haremos destos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía, y abriendo uno, vió que era: «la Diana» de Jorge de Montemayor; y dijo (creyendo que todos los demás eran del mesmo género) estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento sin perjuicio de tercero. Ay señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo esto se le antojase hacerse de pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasiòn delante y pues comenzamos por la «Diana» de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es: «la Diana», llamada: «Segunda» del Salmantino, y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero, abriendo otro: «los diez libros de fortuna de amor», compuestos por Antonio de lo Frasso, poeta sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido a la luz del mundo, y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto: dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia: púsole aparte con grandísimo gusto. Y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son: «el pastor de Iberia, ninfas de Henares y desengaños de Celos». Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar. Este que viene es: «el pastor de Filida». No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande, que aquí viene, se intitula, dijo el barbero: «Tesoro de varias poesías». Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas, que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heróicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero: «el Cancionero» de López Maldonado. También el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta; que encanta: algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero qué libro es ese que está junto a él? «La Galatea» de Miguel de Cervantes, dijo el barbero. Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas, que en versos: su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto

se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero; y aquí vienen tres; todos juntos: «la Araucana» de don Alonso de Ercilla: «la Austriada» de Juan Rufo, jurado de Córdova: y «el Monserrate» de Cristóbal de Virues, poeta valenciano. Todos esos tres libros dijo el cura, son los mejores que en verso heróico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España. Cansose el cura de ver más libros, y así a carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen. Pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba: «las lágrimas de Angélica». Lloráralas yo, dijo el cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los más famosos poetas del mundo no solo en España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo

El ventero que vió a Don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por muger a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos: y así acudió luego a curar a Don Quijote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues, ayudó a la doncella; y las dos hicieron una may mala cama a Don Quijote en un camaranchón, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de Don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutíl parecía colcha, lleno de bodoques que a no mostrar que era de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdieran uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quijote: y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana: y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado a partes a Don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal; y también le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, también debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo,

de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podría ser eso, dijo la doncella, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote. Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. Qué es caballero aventurero? replicó la moza. Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? respondió Sancho Panza; pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos paletas se ve apaleado, y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero. Pues cómo vos siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis a lo que parece siquiera algún condado? Aún es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quijote sana de esta herida o caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera le dijo: creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durase, y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata (que digo entre mis dientes): que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero; que así las entendían como si hablara en griego: aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros: y como no usadas a semejante lenguaje mirábanle, y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos le dejaron; y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos le iría a buscar, y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase; y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto a él hizo el suyo Sancho, que solo contenía una estera de enea, y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana:

Maritornes.

..... Es la hembra zafia, fea y pecadora. Pero cuando la asió de una muñeca Don Quijote, y la llamó "hermosa y alta Señora", y la hizo sentarse en la cama, y le tendió la camisa de arpillera, y le dirigió los dulces y tiernos requiebros, quedó ella trocada en la perfección suma.... Yo no imagino a Maritornes yaciendo con el rijoso arriero de Arévalo, sino mirando desde la ventana de su castillo al galán que de lejos viene en el bridón de las conquistas, con ansias de amor.

El prodigio le ha realizado el ingenioso Hidalgo, solo con creer lo que no era, solo con admirar lo despreciable. ¡Transmutación divina!.... El ideal es la suma potencialidad creadora.

J. Ortega Munilla

sucedía a estos dos lechos, el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Ben Engeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas; con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, ya por malicia o ignorancia lo más sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de «Tablante

de Ricamonte», y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del «Conde Tomillas»: y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas: y Don Quijote con el dolor de las suyas tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las estrañas locuras y que buenamente imaginarse pueden: y fué que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se había enamorado dél, y prometido que aquella noche a furto de sus padres vendría a yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó a cuitar, y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante. Pensando, pues, en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero: pero apenas llegó a la puerta cuando Don Quijote la sintió, y sentándose en la cama a pesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas tendió los brazos para recebir a su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando a su querido. Topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo séntar sobre la cama. Tentole luego la camisa y aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal: traia en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo habia leído en sus libros de la otra princesa, que vino a ver al mal ferido caballero vencidos de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura; y teniéndola bien asida con voz amorosa y baja le comenzó a decir: Quisiera hallarme en términos fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible: y más que se añade a esta imposi-

ilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos: que si si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma por la puerta la sintió, y estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decía, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado a la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender pero como vió que la moza forcejeaba por desasirse y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo a cabo. El lecho, que era un poco endeble, y no de firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado a voces no respondía. Con esta sospecha se levantó y encendiendo un candil se fué hacia donde babía sentido la pelaza. La moza viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aun dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿A dónde estás, puta? a buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dió el retorno a Sancho con tantas, que a su despecho le quitó el sueño: el cual viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues, el arriero a la lumbre del candil del ventero cual andaba su dama, dejando a Don Quijote acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fué a castigar a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía: y así como suele decirse; el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil; y como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que se llaman de la Santa hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo el estraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró a oscuras en el aposento, diciendo: Ténganse a la justicia, ténganse a la Santa hermandad; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole a tiento mano a las barbas, no cesaba de

decir: favor a la justicia. Pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba se dió a entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: Ciérrese la puerta de la venta, miren, no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre. Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su rancho: solo los desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió a buscar la luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria había muerto la lámpara cuando se retiró a su estancia y fuéle forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPITULO XXII

De la libertad que dió Don Quijote a muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Ben Engeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia que después que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones, que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas: que Don Quijote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevaba, venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos: venían asi mismo con ellos dos hombres de a caballo, y dos de a pie: los de a caballo con escopetas de rueda y los de a pie con dardos y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dijo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras. Cómo gente forzada? preguntó Don Quijote: es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolución, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir a los miserables. Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió a los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa o causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba a galeras, y que no había más que decir ni él tenía más que saber. Con todo eso, replicó Don Quijote, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadió a estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijesen lo que deseaba: que la otra guarda de a caballo la dijo: aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos mal aventurados, no es tiempo este de detenerles a sacarlas ni a leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mesmos, que ellos lo dirán, si quieren; que sí querrán

Don Quijote tomando por desaforados gigantes los molinos de viento y por formidables ejércitos que se van a embestir las manadas de ovejas, es a todas luces loco de atar; pero cuando quiere forzar la voluntad esclavizada de aquellos a quienes dios y naturaleza hizo libres, inspírale una santa cólera conmovedora... Por eso, sin duda, son mucho más dolorosas para él las heridas que recibe de las piedras de los galeotes, que las que le causan las de las lanzas de los pastores y gamadenses y las del agua del molino que da con él en tierra haciéndole perder la lanza.

S. Alonso Quijano

J. Alonso Quijano

porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El respondió que por enamorado iba de aquella manera. Por eso no más? replicó Don Quijote. Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo

estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los míos fueron, que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. Que son gurapas? preguntó Don Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo como de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra alguna según iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. Pues cómo? repitió Don Quijote: por músicos y cantores van también a galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dijo Don Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dijo Don Quijote. Mas una de las guardas le dijo: señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non santa confesar en el tormento: a este pecador le dieron tormento y confesó: su delito era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años a galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan, y aquí van, le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un nó, como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua, su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quijote; el cual pasando al tercero, preguntó lo que a los otros: el cual de presto y con mucho desenfado respondió, y dijo: yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por qué allí venía, comenzó a llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo, este hombre honrado vá por cuatro años a galeras, habiendo paseado las acostumbradas, vestido en pompa y a caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, a lo que a mí me parece, haber salido a la vergüenza. Así es, replicó el galeote: y la culpa, por qué le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aún de todo el cuerpo: en efecto quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas, y a ser general dellas; porque no es así como quiera el oficio de

alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aún había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se escusarían muchos males, que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco más o menos, pagecillos, y truantes de pocos años y de muy poca esperiencia, que a la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben cual es su mano derecha: quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro alvedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo como digo cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dijo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aquí tornó a su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de a cuatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quijote, y preguntó a otro su delito: el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado: yo voy aquí, porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare: provóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime a pique de perder los tragaderos, sentenciáronme a galeras por seis años: consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza: si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar a Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro: un poco venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta; la una en la cadena, y la otra de las que llaman guardaamigo, o piedeamigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado de manera, que ni con las manos podía llegar a la boca, ni podía bajar la cabe-

za a llegar a las manos. Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaba de aquella manera, no iban seguros dél sino que temían que se les había de huir. Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido mas pena que echarle a las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voace dice, y cada uno se dé una vuelta a la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que vá el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no. Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Ginés; mas yo haré que no me lo llamen, o me las pelaría donde yo digo entre mis dientes: señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Ginés, si quedara en doscientos ducados. Tan bueno es? dijo Don Quijote. Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito, o escribieren: lo que le sé decir a voace es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote. «La Vida de Ginés de Pasamonte», respondió él mismo. Y está acabado? preguntó Don Quijote. Cómo puede estar acabado, respondió él, si aún no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. Luego otra vez habéis estado en ellas? dijo Don Quijote. Para servir a Dios y al Rey otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Ginés, y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo Don Quijote. Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen el buen ingenio. Persiguen a los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase a los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase a donde su Magestad manda: sino por vida de..... Basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tu-

viese algún tanto suelta la lengua; y volviéndose a todos los de la cadena, dijo: de todo cuanto me habéis dicho hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros desde, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria de manera, que me está diciendo, persuadiendo y aún forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido acabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió Don Quijote: y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se desataban, ya por acometer a Don Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte a la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo, habían de dar noticia de caso a la Santa Hermandad, la cual a campana herida saldría a buscar los delincuentes, y así se lo dijo a su amo, y le rogó que luego de allí se par-

tiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando a todos los galeotes que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofende, es la ingratitud: dígolo, porque ya habéis visto, señores, con manifiesta esperiencia el que de mi habéis recibido, en pago del cual querría y es mi voluntad que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía a encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisiéredes a la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Pasamonte y dijo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto a tal, dijo Don Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamais, que habéis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido, como el de querer darles libertad) viéndose tratar mal, y de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas y tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caído, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres o cuatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grevas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán, y dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían, que de cargarse de la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos: Rocinante tendido junto a su amo que tam-

bién vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos a quien tanto bien había hecho.

CAPITULO XXV

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha y de la imitación que hízo a la penitencia de Beltenebros

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco a poco entrando en lo más áspero de Is montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que el comenzase la plática por no contravenir a lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempos de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado y dí lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto andubiéremos por esta sierras. Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzandó a gozar de ese salvo conducto, digo que qué le iba a vuesa merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, o como se llama? ¿o qué hacía al caso que aquel Abad fuese su amigo, o no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces y aun más de seis torniscones. A fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano: la verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeza como lo encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda: pues montas que no se librara Cardenio por loco! Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballe-

ro andante a volver por la honra de las mugeres cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, a quien yo tengo particular afición por sus buenas partes, porque fuera de haber sido fermosa además, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten digo otra vez y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan, con su pan se lo coman; si fueron amancebados o no, a Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas agenas; que el que compra y miente en su bolsa lo siente; cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; más que lo que fuesen, que me va a mi? y muchos piensan qne hay tocinos y no hay estacas; mas quien puede poner puertas al campo? cuanto más que de Dios dijeron. Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! qué va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? por tu vida, Sancho, qué calles, y de aquí adelante entremétete en espolear a tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere, va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor, que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho: ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino buscando a un loco, el cual después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero. Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podía acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo Don Quijote, porque si vuelves presto de a donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria; y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes: no he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo: mal año y mal mes para D. Belianis, y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto: dijo asi mismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento como también nos mostró Virgilio en persona

Dulcinea no é ilusión de la juventud, sino de la madurez. No amor del corazon, sino amor del entendimiento.

Don Quijote, doncel, hubiese sido un lírico impetuoso y fugaz. Don Quijote peinando canas, es un constante, perdurable, tentando amadís. En el naufragio de su vida, Dulcinea es la tabla de salvacion.

Pese á Merlin y á todos los magos, en el encantamiento de Aldonza no hay mas encantador que Don Quijote. Para él, la aldeana del Toboso es la belleza, la justicia, el bien, la verdad. No la gallarda, ilustre zeal, sino su sombra melancólica del símbolo "Dios sabe-dice á Sancho-si Dulcinea existe ó no"—

Duda tan delicada que en ella caben el suspiro del amador y la inteligente risita del filósofo.....

Cristóbal de Castro

de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitan, no pintándolo ni descubriéndolo, como ellos fueron, sino como habían de ser, para dar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes: desta misma suerte Amadís fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así, como lo es, hallo, yo Sancho amigo, que el caballero andante que más le imi-

tare, estará mas cerca de alcanzar la perfección de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró desdeñado de la señora Oriana a hacer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido: así que me es a mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dijo Sancho: qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura: y puesto que yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenía) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales, y podrá ser que viniese a contentarme con sola la imitación de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más. Paréceme a mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias: pero vuestra merced qué causa tiene para volverse loco? qué dama le ha desdeñado? o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso, ha hecho alguna niñería con moro o cristiano? Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasión, y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado: cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir a aquel pastor de marras Ambrosio: quien está ausente todos los males tiene y teme; así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta, que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual a mi fé se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada: así que de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo; o no sintiendo el mal que me aportares, por loco; pero dime, Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: viva Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso

de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña o patraña, o como lo llamáremos; porque quien oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de cuatro días, qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? la bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algún día me viera con mi mujer y hijos. Mira, Sancho; por el mismo que denantes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: qué? ¿es posible que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto o según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y así eso que a tí te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa; y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, a causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que a fe que si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más a Roldán qué a Amadis.

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban: había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó a decir en voz alta como si estuviera sin juicio: este es el lugar, oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis contínuos y profundos suspiros moverán a la contínua las hojas destos montaraces árboles en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. Oh, vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada! oid las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traido a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura; oh vosotras, Napeas y Driadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano amadas, no perturbe jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis a lamentar mi desventura, o a lo menos no os canséis de oilla: oh, Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! así el cielo te la de buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido y que con

buen término correspondas al que a mi fe se le debe: oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía a mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia: oh tú escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites a la causa total de todo ello. Y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas le dijo: Libertad te da el que sin ella queda, oh caballo tan estremado por tus obras, cuán desdichado por tu suerte! vete por do quisieres que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino que tan caro le costó a Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: Bien halla quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio, que a fe que no faltarán palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué, que a él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo que era yo, cuando Dios quería; y en verdad, señor caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar a ensillar a Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque será ahorrar tiempo a mi ida y vuelta, que si la hago a pie no sé cuándo llegaré ni cuándo volveré, porque en resolución soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí a tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas de este jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que a tal peña podrán llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer, que ya que a vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme a mí el cargo que yo diré a mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió Don Quijote: más quiero te hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir a las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: asi que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Más fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en el las hilas y todo; y ruégole a vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brevage, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas a mi señora, y escriba

la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dejo. Purgatorio le llamas, Sancho? dijo Don Quijote; mejor hicieras de llamarle infierno y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, «nulla es retentio», según he oido decir. No entiendo qué quiere decir «retentio», dijo Don Quijote. «Retentio» es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, o a mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura; pero ¿qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca también, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo Don Quijote, y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacían los antiguos en hojas de árboles, o en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel: mas ya me ha venido a la memoria dónde será bien y aun más que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, o si no, cualquiera sacristán te la trasladará: y no se la des a trasladar a ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás. Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondió Don Quijote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar y esa si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: «Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura»; y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque a lo que yo me sé acordar Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin estenderse a más que a un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiere ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dijo Sancho: qué? ¿la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el más forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho; y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar que la tuviere por señora; o hideputa, qué rejo que tiene y qué voz! sé decir que se puso un día encima del campanario del al-

dea a llamar a unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron, como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire; ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querría ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz delas mugeres andar siempre al campo al sol y al aire; y confieso a vuestra merced una verdad, señor Don Quijote; que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaíno, como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, qué se le ha de dar a la señora Aldonsa Lorenzo, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos, que vuestra merced envía y ha de enviar? porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino, o trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas cuán necio eres tú, y cuán diecreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo: alcanzólo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda por vía de fraternal reheprensión: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: este quiero, aqueste no quiero. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra: sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen: ¿piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? no por cierto, sino que las más se la fingen por dar sugeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombre que tienen valor para serlo; y así bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir a hacer la intormación dél para darle algún hábito, y yo me hago

cuenta que es la más alta princesa del mundo: porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reheprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que yo soy un asno: mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y a Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose a una parte con mucho sosiego, comenzó a escribir la carta, y en acabándola llamó a Sancho, y le dijo que se la quería leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. A lo cual respondió Sancho: escríbala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo: pero con todo eso dígamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que asi dice, dijo Don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO

SOBERANA Y ALTA SEÑORA

«El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, «dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fer«mosura me desprecia, si tu valor no es en mi pró, si tus desdenes son en mí «afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en «esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero «Sancho te dará entera relación, o bella ingrata, amada enemiga mía! del «modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, «haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho a «tu crueldad y a mi deseo.»

Tuyo hasta la muerte.

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la más alta cosa, que jamás he oido: pesia a mí, y como le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma: «El caballero de la Triste Figura»! digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, diio Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo Don Quijote; y habiéndola escrito, se la leyó, que decía asi:

«Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, «dar a Sancho Panza, mi escudero tres de los cinco que dejé en casa, y es«tán a cargo de vuestra merced: los cuales tres pollinos se los mando librar

«y pagar por otros tantos aquí recibidos decontado, que con esta, y con su «carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena a «veinte y siete de agosto deste presente año.»

Buena está, dijo Sancho, fírmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho; déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y aparéjese a echarme su bendición, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, y digo que me veas encueros, y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir, y asegúrote que no dirás tú tantas, cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más a cuento; cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mí vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones; porque dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una?... no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y le eche todo a doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues a fe que si me conociese, que me ayunase. A fé Sancho, dijo Don Quijote, que a lo que me parece que no estás tú más cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy más colérico; pero dejando esto aparte, qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ha de salir al camino como Cardenio a quitárselo a los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos, que este prado y estos árboles me dieren: que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto, dijo Sancho, sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar a volver a este lugar donde ahora le dejo, según está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo Don Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho a trecho hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del laberinto de Teseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendición a su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél: y subiendo sobre Rocinante, a quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de retama, como su amo se lo había aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le

viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió, y dijo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que le vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo decía yo? dijo Don Quijote; espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin más ni más dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza bajo y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco: y asi le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPITULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero.

En esto comenzó a llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes. De allí a poco descubrió Don Quijote un hombre a caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió a Sancho y le dijo: paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma esperiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre: dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare a entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes ni a la escuridad de la noche: digo esto, porque si no me engaño hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicó Don Quijote, qué va de yelmo a batanes? No sé nada, respondió Sancho; mas a fé que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote: dime ¿no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote, apártate a una parte, y déjame con él a solas, verás cuan sin hablar palabra por ahorrar del tiempo concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios tornó a decir que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes, dijo Don Quijote: que voto... y no digo más, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que

Solórzano – 28 julio 1919

Desde que el vizcaíno airado Rebarato de un mandoble aquel morrion simple que adeveraras el Hidalgo para servirse de él como media celada, con apariencia de celada entera, le urgía al Caballero reponer la pieza capital del arnés. Tenía propensión verdaderísima a ver al áureo yelmo de Mambrino en la bacía de reluciente aríofar con que venía tocado el andariego repador. Todavía más, porque la pérdida de la contrahecha celada se había de remediar, no por vía de compra, ni de dádiva, sino precisamente con el trofeo de un combate, por esfuerzo personal del bravo; y la nueva alhaja no debía carecer de famoso renombre.

Entre tantas imaginaciones desvariadas, ninguna fué más natural y lógica. No se repite extravagancia ideada para capital del infino vulgo; quien, si retiene con predilección este trozo de la popular figura, es porque halla mas que en otros obvia la confrontación de lo positivo y lo fantaseado.

Habría sido impropio de la bizarría del Caballero, impávido hasta la temeridad, y de su generosa condición, toda desprendimiento, estimar aquel botín por alguna virtud sobrenatural, capaz de preservarle en los combates. Nunca mostró fiar en tal seguro, ni tal ventaja. Era lo que el yelmo, en efecto, sirvió es para ganar la famosa disputa, que, como tantas otras, terminó socarronamente, dándole a socapa el lucro al agraviado barbero sus ocho reales. Muy luego aparece la bacía colgada al arzón de la desierta silla, cuando Rocinante acompaña, melancólico, la carreta de bueyes donde va enjaulado su Señor.

Al disponer, ésta su última salida no hace memoria del yelmo. Tampoco el Caballero del Bosque, cuando retrata magistralmente al Caballero vencido. No recuerdo mención del yelmo en toda la segunda parte de la historia. Infiérese que D. Quijote entraría en palenque y para lidiar con Rosillos, usando, al uso de ese, celada con visera. Declaradamente era tal la pieza donde Sancho glotón guardaba el pastoril refrigerio, á tiempo en que se amo se la pateó y presuroso se la encajaba, exprimiendo el vegetado, delante de las jaulas de los leones. Celada visera llevaba también D. Quijote cuando, en Barcelona, le derribó finalmente el Caballero de la Blanca Luna.

El yelmo de Mambrino no es sino un noble arreo, sin otro provecho que acabalar dignamente la armadura de un tal Caballero. En la bruñida superficie de humilde aríofar, todavía más que refulgía el sol cuando lo diviró D. Quijote, reverbera la nobilísima espiritualidad del bravo. No que va de bacía a yelmo menos es que lo que va de la cortesía Alcoraz a la angelical Dulcinea, del fementido ventorros al castillo señorial, del cabaño lanar al ejército formidable. En suma lo que dista el ideal el ovil humano: una inmensidad, en continuo trecho; lo que va de la choza infecta á la sublime que ella misma se hala; fácil al viento para tomar todas las formas imaginables, y al sol para los cambiantes y matices de la luz lechicera. Déjale la mudanza con solo alcance la materia misma; una vez elevada, ninguna fuerza es ya poderosa para hacerla retornar al fango, ni mancharla con él; se trocó en la pureza misma, contrapuesta á la podredumbre.

Arturo

le había echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero, y el otro, que estaba junto a él, sí; y así el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traía una bacía de azofar; y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó a llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia desde media legua relumbraba; venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo: y esta fué la ocasión que a Don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y el yelmo de oro (que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos): y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, a todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte a parte; mas cuando a él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo: defiéndete, cautiva criatura, o entriegame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó a Sancho que alzase el yelmo. El cual tomándole en las manos dijo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de a ocho, como un maravedí; y dándosela a su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola a una parte y a otra buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: sin duda que el pagano, a cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar a la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele a las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. De qué te ríes Sancho? dijo Don Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. Sabes qué imajino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún estraño acidente debió de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutación, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere; que más vale algo que no nada, cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo

la receta en la memoria. También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir a nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: qué pie sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? qué cabeza rota para que no te se olvide aquella burla? que bien apurada la cosa burla fué y pasatiempo, que a no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño, que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la cual si fuera en este tiempo, o mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dejando esto a parte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que según él puso los pies en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: así que, Sancho, deja ese caballo o asno, o lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él.

CAPITULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces, que oyeron Don Quijote, el cura y el barbero, eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo a Sancho Panza (que pugnaba por entrar a ver a Don Quijote, y ellas le defendían la puerta): qué quiere este mostrenco en esta casa? idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca a mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió: ama de satanás, el sonsacado, y el destraido, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula, que hasta agora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; y qué son ínsulas? es alguna cosa de comer, golosazo, comilón que tu eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades, y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entrareis acá, saco de maldades y costal de malicias: id a gobernar vuestra casa, y a labrar vuestros pegujares y dejaos de pretender ínsulas ni ín-

sulos. Grande gusto recebían el cura y el barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese, y desbuchase algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito, le llamó, y hizo a las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus mal andantes caballerías; y así dijo el cura al barbero: vos vereis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez a volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estemos a la mira, veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo seguro, respondió el cura, que la sobrina, o el ama, nos lo cuenta después, que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y, estando solos le dijo: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te sacó de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razón, respondió Sancho, porque según vuesa merced dice, más anejas son a los caballeros andantes las desgracias que a sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dijo Don Quijote, según aquello: «quando caput dolet» &c. No entiendo otra lengua que la mía, respondió Sancho. Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte pues eres mi criado, y por esta razón el mal que a mí me toca o tocáre, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo. Así había de ser, dijo Sancho; pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos. ¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo, pero dejemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, que es lo que dicen de mí por ese lugar? en qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? qué dicen de mi valentía? qué de mis hazañas? y qué de mi cortesía? qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oidos: y esto me has de decir sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente, o otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vesti-

En el Quijote, en nuestra Biblia literaria, hay varias figuras poderosamente destacadas, amén de la del Caballero y su acompañante Sr. aventurero, pero hay otras que ha dejado en la penumbra y como desdibujadas o voluntad. Una de ellas es la sobrina, que no viene a ser en realidad sino una sobrina o eco del Ama. Hablan por igual las dos y piensan lo mismo exactamente. Ambas son de buen sentido y tienen idénticos afecto al malaventurado señor, y ambas le desvivan por servirle, sin perjuicio de desvivirse las dos por enterarse de cuanto pasa y curiosear cuanto pueden....

Ya el cura la describe en el momento en que dice, cuando el barbero muestra deseo de saber lo que hablarían a solas don Quijote y Sancho ...: "ya lo sabremos. La sobrina nos lo cuenta después, que no son de condición — ella y el ama — que dejarán de oír cuchichis."

Y a eso queda reducida modestamente la figura de la sobrina. Una buena mujer curiosa y parlanchina.—

Manuel Linares Rivas.

dos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan, es la dorada: sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que

dijere, pues quiere que lo diga encueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia.

En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote: bien puedes Sancho, hablar libremente, sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato: los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro delante: dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Esa, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podría ser, y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso: otros, valiente, pero desgraciado: otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuesa merced ni a mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida: pocos, o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia: Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres: Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho: de Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle: de Don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso, y de su hermano que fué llorón: así que, o Sancho, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho.

Pues hay más? preguntó Don Quijote. Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja: que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan a mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso; con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador; pues según dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir Señor. Bien podría ser, replicó Sancho; más si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en

volandas. Hárasme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando a su señor, se fué a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPITULO XVI

De lo que sucedió a Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho seguía Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo: daba por acabadas y a felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenía en poco a los encantos y a los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangueses: finalmente decía entre sí que, si él hallara arte, modo, o manera como desencantar a su señora Dulcinea, no envidiara a la mayor ventura que alcanzó, o pudo alcanzar, el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿no es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga a eso, respondió Sancho, solo sé que las señas, que me dió de mi casa, muger y hijos, no me las podría dar otro que el mesmo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos a razón, Sancho, replicó Don Quijote: ven a acá ¿en qué consideración puede caber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensives y defensivas, a pelear conmigo? he sido yo su enemigo por ventura? hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, o hace él profesión de las armas, para tener envidia a la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, a esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero a Tomé Cecial mi compadre? y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos a quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, oh Sancho, por esperiencia, que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea a los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural confor-

midad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca: y más, que el perverso encantador que se atrevió a hacer una transformación tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho: y como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre, que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo: el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, asimismo de morado y verde: traía un alfange morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí: las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido parecían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó a ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando a la yegua se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua; que no me pasara tan de largo, si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió a esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas a su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo: jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó a hacerla, la lastamos mi señor y yo con la setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse, si quiere, que aunque se la den entre dos platos, a buen seguro que el caballo no la arrostre: Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho, como maleta en el arzón delantero de la albarda del Rucio; y si mucho miraba el de lo verde a Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas; y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el trage y apostura daba a entendar ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo verde fué que semejante manera, ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por los luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien Don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo, y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto a todos, antes que le preguntase nada le salió al camino, diciéndole: esta figura, que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo, cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes: que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entregúeme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más

El caballero del Verde Jabón.

Señas particulares.
(Algunas nada más).

Vive en Madrid, en un hotel rodeado de ameno jardín. Reinan en él la limpieza, el orden, el silencio. — Los criados no se permiten familiaridades, y no se consiente en ellos ninguna injusticia. — Fué ministro, por casualidad, una vez, y antepuso la Justicia a la Ley, un gran escándalo de senadores, diputados. — No crée que un catedrático sea superior a un labriego; si el labriego es inteligente, lo considera superior al catedrático. — Escribe los cartas cortas. — No lee los libros largos. — No pronuncia discursos en las inauguraciones. — etc. etc. etc.

Azorín.

fuese servida: quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos: propio y natural oficio de caballeros andantes: y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas, o las más naciones

del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado: el caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni me atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy y la profesión que hago. Calló en diciendo esto Don Quijote. Y el de lo verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba a hacerlo; pero de allí a buen espacio le dijo: acertaste, señor caballero, a conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado a quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que, como vos, señor, decís, «que» el saber ya quien sois me la podría quitar, no ha sido así, antes agora que lo sé quedo más suspenso y maravillado. Cómo ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? no me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos: bendito sea el cielo, que con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razón de si son fingidas, o no, las historias de los andantes caballeros. Pues hay quién dude, respondió el verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quijote; y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar a entender a vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razón de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quien era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo que respondió el del verde gabán: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar, donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda: paso la vida con mi muger y con mis hijos, y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón, ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance, y cuales de latín, de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España: alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas agenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día: reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas

obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos: soy devoto de nuestra señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro señor. Atentísimo estuvo Sancho a la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo, y pareciéndole buena y santa y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del Rucio, y con gran priesa le fué a asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó qué hacéis, hermano? qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo a la gineta, que he visto en todos los días de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho a cobrar la albarda, habiendo sacado a plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiración a don Diego. Preguntóle Don Quijote que cuantos hijos tenía; y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que a no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera: será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la Teología: quisiera yo que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo, donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras: porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien, o mal, Homero en tal verso de la Iliada; si Marcial anduvo deshonesto, o no, en tal epígrama; si se han de entender de una manera, o otra, tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo, que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener a la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa a cuatro versos, que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió Don Quijote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculos de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta, o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para «pane lucrando», siendo tan venturoso el estudiante, que le dió el cielo padres que se lo dejen: sería yo de parecer que le dejen, seguir aquella ciencia, a que más le vieren inclinado: y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar a quien las posee. La poesía, señor hidalgo, a mi parecer es coma una doncella tierna, y de poca edad, y en todo estremo hermosa, a

quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios: ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hála de tener, él que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos, no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, o en comedias alegres, y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes: y del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran: y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y a lo que decís, señor, que vuestro hiio no estima mucho la poesía de romance, doyme a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno, que escribe en la suya; pero vuestro hijo, a lo que yo, señor, imagino, no debe estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y despierten y ayuden a su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque, según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas, que hace verdadero al que dijo: «Est Deus in nobis» &c. También digo que el natural poeta, que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta, que solo por saber el arte quisiere serlo: la razón es, porque el arte no se aventaja a la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar a su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras a los obispos, o como las garnachas a los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced a su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras agenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciese sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que, a trueco de decir una malicia se pondrán a peligro que los destierren a las islas de Ponto: si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos;

la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del verde gabán del razonamiento de Don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato; pero a la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino a pedir un poco de leche a unos pastores que allí junto estaban ordeñando sus ovejas: y en esto ya volvía a renovar la plática el hidalgo, satisfecho en estremo de la discreción y buen discurso de Don Quijote, cuando alzando Don Quijote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban venía un carro lleno de banderas reales, y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, a grandes voces llamó a Sancho que viniese a darle la celada: el cual Sancho oyéndose llamar, dejó a los pastores, y a toda priesa picó al Rucio, y llegó donde su amo estaba, a quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPITULO XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titiritero, con otras cosas en verdad harto buenas.

«Callaron todos, tirios y troyanos»: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: esta verdadera historia, que aquí a vuesas mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles: trata de la libertad, que dió el señor don Gayferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes allí como está jugando a las tablas don Gayferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gayferos,
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personage, que allí asoma con corona en la cabeza y ceptro en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados: y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho: miradlo.

Miren vuesas mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gayferos, el cual ya ven cómo arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y a don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana, y cómo don Rol-

dán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra a armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama, que en aquel balcón parece vestida a lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir, y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aquí donde salen a ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado a la parte, ni a prueba, y estése, como entre nosotros. Niño, niño, dijo con voz alta a esta sazón Don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas, o transversales, que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas. También dijo maese Pedro desde dentro: muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho; y prosiguió diciendo: esta figura, que aquí parece a caballo, cubierta de una capa gascona, es la mesma de don Gayferos, a quien su esposa «esperaba, y» ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasagero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si a Francia ides,
Por Gayferos preguntad:

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gayferos se descubre, y que por los ademanes alegres, que Melisendra hace, se nos da a entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo: mas ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo: pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades; pues llega don Gayferos, y sin mirar si se rasgará o nó el rico faldellín, ase de ella y mal de su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo ahorcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas de modo, que los cruce en el pecho, porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes ca-

Ni en las apariencias del retablo de Maese Pedro puede consentir D. Quijote burlas ni chacoras. Con justicia acometió entre los moriscos, y el retablo quedó derribado y en el ¡ay! el modus vivendi de Maese Pedro.

Tornillo problema que debe plantearse antes de derribar cualquier retablo de mentiras apariencias. Pero de toda mentira hay una verdad una humana verdad: que alguien vive de aquella mentira.

Fernando Vela

ballerías: veis también como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga, que lleva en su señor y en su señora: veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. Vais en paz, o par sin par de verdaderos amantes, lleguéis a salvamento a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dijo a esta sazón Don Quijote, en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de duzaynas, que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate. Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: no mire vuesa merced en niñerías, señor Don Qui-

jote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle: ¿no es representan por ahí casi de ordinario mil comedias, llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiración y todo? prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó Don Quijote, y el muchado dijo: miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo: no consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado, como don Gayferos: deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis, ni persigáis; sino, conmigo sois en la batalla. Y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titeritera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a este, destrozando a aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad, que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo: deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, pecador de mí! que me destruye y echa a perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses, como llovidos. Finalmente en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el page, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gayferos y de la hermosa Melisendra; a buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado: en resolución viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo a esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía.

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que a fe que primero que le

vuelva a mi poder, me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa: que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos: en fin, el caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mias. Enterneciose Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole, no llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón, porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. Cómo no? respondió maese Pedro, ¿y estas reliquias, que están por este duro y estéril suelo, quien las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible deste poderoso brazo? y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? y con quién me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo a este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores, que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me parece todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra; que Melisendra era Melisendra; don Gayferos don Gayferos; Marsilio Marsilio; y Carlo Magno Carlo Magno; por eso se me alteró la cólera y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto; si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen: y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco a pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele maese Pedro, diciéndole: no esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagabundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen o podían valer, las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harían. Y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: ya se ve cuán imposible es volver a este rey a ser su primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo Don Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida, y señálense cinco reales. Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo más o menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y dos ma-

ravedíes. Aun ahí, sería el diablo, dijo Don Quijote, si no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia, porque el caballo en que iban a mí me pareció que antes volaba que corría, y así no hay para qué venderme a mí el gato por liebre presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano, ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida: ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después lo moderaron los dos jueces árbitros con satisfacción de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona y doscientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gayferos estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolución la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía a costa de Don Quijote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido se vinieron a despedir de Don Quijote el primo y el page, el uno para volverse a su tierra y el otro a proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con Don Quijote, a quien él conocía muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y a su mono, se fué también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a Don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras, como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por orden de su señor, y despidiéndose dél, casi a las ocho del día dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.

CAPITULO XLVIII

De lo que sucedió a Don Quijote con doña Rodriguez la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Además estaba mohino y malencólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado nó por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato; desdichas anejas a la andante caballería. Seis días estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando, en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condición de faltar a la fe que guardar debía a su señora Dulcinea del Toboso.

Mucho Sancho gobernando su ínsula he conocido en el curso de mi vida, sabios y necios, justos é injustos, liberales y avaricios; pero en ninguno pude hallar merced tan deliciosa de razón y locura, astucia y candor cortesanía y tosquedad, ignorancia y discreción, agudeza y mentecatez como en el auténtico y famoso Sancho Panza. Ni don Quijote ni Sancho son tipos copiados de la realidad, y sin embargo, son completamente reales, más reales aun que aquellos con quienes alternamos todos los días. Cervantes es un creador: ha usurpado por un instante el papel de Dios y como se ha visto, no lo ha desempeñado del todo mal.

R. Palacio Valdés

No, dijo, creyendo a su imaginación, (y esto con voz que pudiera ser oida) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas; ora estés, señora mía, transformada en ce-

bolluda labradora; ora en ninfa del dorado Tajo, tegiendo telas, de oro y sirgo compuestas; ora te tenga Merlin o Montesinos donde ellos quisieren, que a dondequiera eres mía, y a do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los vigotes vendados, el rostro por los aruños, les vigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual trage parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta y cuando esperaba ver entrar por ella a la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar a una reverendísima dueña con unas tocas blancas, repulgadas, y luengas tanto, que la cubrían y enmantaban desde los pies a la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra, porque no le diese la luz en los ojos, a quien cubrían unos muy grandes antojos, venía pisando quedito y movía los pies blandamente. Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño, y notó su silencio, pensó que alguna bruja o maga venía en aquel trage a hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó a santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la visión, y cuando llegó a la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: Jesús! qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos: y viéndose a escuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída. Don Quijote temeroso comenzó a decir: conjúrote, fantasma, o lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres: si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien a todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las animas del purgatorio se estiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: señor Don Quijote, (si es que acaso vuestra merced sois Don Quijote) yo no soy fantasma, ni visión, ni alma del purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado; sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa que con una necesidad, de aquellas que vuesa merced suele remediar, a vuesa merced vengo. Dígame, señora doña Rodríguez, dijo Don Quijote, por ventura viene vuesa merced a hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje a una parte todo recado amoroso, puede volver a encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo iniciativo melindre. Yo recado de nadie, señor mío? respondió la dueña, mal me conoce vuesa merced: sí, que aún no estoy en edad tan prolongada, que me acoja a semejantes niñerías, pues, Dios loado, mi alma me tengo en las carnes y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos, que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios; pero espéreme vuesa merced un poco, saldré a encender mi vela, y volveré en un instante a contar mis cuitas, como a remediador de todas las del mundo. Y sin espe-

rar respuesta se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura: y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper a su señora la fe prometida, y decíase a sí mismo: ¿quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y a muchos discretos que, si él puede, antes os la dará roma, que aguileña; ¿y quien sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos que duermen y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo: por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo. ¡Oh cuán bien hacía aquella señora, de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto, se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y nó dejar entrar a la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió a Don Quijote de más cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha, o bocequin, temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos, dijo: estamos seguras, señor caballero? porque no tengo a muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote: y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. De quién o a quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó Don Quijote, porque ni yo soy de marmol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta, que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido; pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas. Y diciendo esto, besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mesmas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía. Entróse en fin Don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos, ni la vela. Don Quijote se acurrucó y se cubrió todo, no dejando más del rostro descubierto: y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué Don Quijote, diciendo: puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Asi lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podía esperar sino tan cristiana respuesta.

Es, pues, el caso, señor Don Quijote, que aunque vuesa merced me ve

sentada en esta silla, y en la mitad del reino de Aragón, y en nabito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron a la corte de Madrid, donde por bien de paz y por escusar mayores desventuras mis padres me acomodaron a servir de doncella de labor, a una principal señora: y quiero hacer sabidor a vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron a su tierra, y de allí a pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Qnedé huérfana y atenida al miserable salario y a las angustiadas mercedes, que a las tales criadas se suele dar en palacio: y en este tiempo, sin que diese yo ocasión a ello, se enamoró de mi un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen a noticia de mi señora, la cual por escusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenía, no porque yo muriese de parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí a poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que a tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuestra merced se admirará. Y en esto comenzó a llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote, que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas: válame Dios, y con qué autoridad llevaba a mi señora a las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches, ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban a las ancas de sus escuderos: esto a lo menos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venía a salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas a la mula, dando señal de volver a acompañarle: mi señora, que iba a las ancas, con voz baja le decía: qué hacéis, desventurado? no veis que voy aquí? El alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole: seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar a mi señora doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano a querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, o creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera, que mi marido dió una gran voz; y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos a levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotose la puerta de Guadalajara, digo la gente valdía que en ella estaba. Vínose a pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte a parte las entrañas. Divulgose la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrían por las calles, y por esto, y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora la duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija a cuestas que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi

señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo a este reino de Aragón, y a mi hija ni más ni menos, adonde yendo días y viniendo días creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más o menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni como no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló a mi hija y no se la quiere cumplir; y aunque el duque, mi señor lo sabe, porque yo me he quejado a él, no una sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y el sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbres en ningún modo. Querría, pues, señor mío, que vuesa merced tomase a cargo el deshacer este agravio; o ya por ruegos, o ya por armas, pues según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables; y póngasele a vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia, que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue a la suela de su zapato; y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija, no la llega con dos lenguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mío, que no es todo oro lo que reluce, porque esa Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto a ella un momento. Y aun mi señora la duquesa... quiero callar que se suele decir que las paredes tienen oidos. Qué tiene mi señora la duquesa por vida mía, señora doña Rodríguez? preguntó Don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder a lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando, y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer, primero a Dios, y luego a dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. Santa María! dijo Don Quijote, ¿y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? no lo creyera, si me lo dijeran frailes descalzos; pero, pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido; verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó Don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó a doña Rodríguez la vela de la mano y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decir-

se. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó a dar tantos azotes, que era una compasión, y aunque Don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y estábase quedo y callando, y aún temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca. Y no fué vano su temor, porque en dejando molida a la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron a Don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan amenudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse a puñadas: y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora: saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra a Don Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto: pero ello se dirá a su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPITULO LXVIII

De la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote

Era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista: que tal vez la señora Diana se va a pasear a los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana: en que se mostraba su buena complexión, y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó a Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición: yo imagino que eres hecho de mármol, o de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno: yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desatalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos por el bien parecer siquiera: mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida a entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño: levántate por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo, y denuedo agradecido date trescientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea, y esto, rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo a los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados: después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral, que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni menos me parece que del estremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música: vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás el pelo del sayo, no que al de mis carnes. Oh alma endurecida! oh escudero sin piedad! oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas

Ni en la tranquila mansión del Caballero del Verde Gabán, ni en los salones del palacio de los Duques, dice su madrigal Don Quijote: ese madrigal engañosillo todos llevamos en el alma, sin que llegue a germinar en nuestras almas y que, floreciendo, revela el más alto grado de delicadeza espiritual. Dícelo cuando, después de ser vencido en Barcelona por un bachiller que se fingió caballero, permanece una vez más en los campos y pasa sobre él una "extendida y gruñidora piara". Sólo entonces logra en mayor sublimidad aquella alma buena, amiga de Dios y de los hombres.

Así los hermosos racimos otoñales, que no llegan a convertirse en licor preciado, exprime los entendimientos y corazones, hasta que los pisotean los toscos pies del lagarero. Así el pedernal, piedra bruta, que sólo al recio golpear del eslabón lanza de sí chispas centellearites.

¡Ay de aquel sobre quien no pasaron alguna vez, metafóricamente, para depurarle el alma y sacar a que florezca su madrigal, los innumerables cerdos que atropellaron a Don Quijote!

Francisco Rodríguez Marín

de ser conde, o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo «post tenebras spero lucem». No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que

duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto; sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces. Ah pesia tal! replicó Sancho: señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también a vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que a mí, sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán a tiempo, y los míos a deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruído, que por todos aquellos valles se estendía. Levantóse en pie Don Quijote y puso mano a la espada, y Sancho se agazapó debajo del Rucio, poniéndose a los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruído, y llegándose cerca a los dos temerosos, a lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban a aquellas horas, y era tanto el ruído que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la estendida y gruñidora piara, y sin tener respeto a la autoridad de Don Quijote, ni a la de Sancho, pasaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo a Don Quijote, sino llevando por añadidura a Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo a la albarda, a las armas, al Rucio, a Rocinante, a Sancho y a Don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió a su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos: que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. También debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre: si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación; pero qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? ahora bien, tornémonos a acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos. Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir, que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día, daré rienda a mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos, que dan lugar a hacer coplas, no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere, y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió a sueño suelto sin que fianzas, ni deudas, ni

dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado a un tronco de una haya, o de un alcornoque (que Cide Hamete Ben Engeli no distingue el árbol que era) al son de sus mesmos suspiros cantó desta suerte.

Amor, cuando yo pienso
En el mal, que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo a la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos a Sancho, despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habían hecho los puercos en su postrería, y maldijo la piara, y aún más adelante.

Finalmente, volvieron los dos a su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venían hasta diez hombres de a caballo, y cuatro o cinco de a pie. Sobresaltóse el corazón de Don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba, traía lanzas y adargas, y venía muy a punto de guerra. Volvióse Don Quijote a Sancho, y díjole: si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de acaballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon a Don Quijote, y se las pusieron a las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de a pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que callase, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demás de a pie, antecogiendo a Sancho y al Rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba a Don Quijote, el cual dos o tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, o qué quería, pero apenas comenzaba a mover los labios, cuando se los iban a cerrar con los yerros de las lanzas: y a Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de a pie con un aguijón le punzaba, y al Rucio ni más ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decían: caminad, trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, polifemos matadores, leones carniceros; y otros nombres semejantes a estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¡nosotros tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas a quien dicen cita, cita! no me contentan nada estos hombres, a mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto, como a el perro los palos: y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada! Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacía, qué serían aque-

llos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche a un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del duque, donde había poco que habían estado. Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, y qué será esto? sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor. Entraron al patio principal de castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera, que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo.

CAPITULO LXXIV

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba: porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sannazáro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí, o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado, pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejase solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: bendito sea el poderoso Dios que tanto bien me ha hecho: en fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y pareciéndole más concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: qué es lo que vuesa merced dice, señor? tenemos algo de nuevo? qué misericordias son estas, o qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió Don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados: yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías: ya conozco sus disparates y sus embelecos,

Toda la profunda amargura del fracaso parece compendiarse en el testamento de don Quijote. Cervantes mismo es el testador, desilusionado de toda caballería, golpeado por todos los malandrines de la política y de las letras. — "Señores, dijo don Quijote — vamonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco y ya soy cuerdo; fuí don Quijote de la Mancha, y soy agora Alonso de Quijano, el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdadera conversación, que de mí se tenía y prosiga adelante... el señor escribano..." El epitafio es triste y grande, como el jamás vencido héroe manchego. Don Quijote no se arrepiente, se reniega confiesa su locura pasada; pero no se declara cuerdo sino a las puertas del sepulcro, ante el confesor y el escribano. Esto á mi parecer, es lo que determina mas grandeza y mas tristeza al mismo tiempo. Que don Quijote se fracase en la tierra no cuando, valeroso, reta a los gigantes, sino cuando cae en el lecho, postrado y abatido, para no levantarse mas.

B. Pérez Galdós

y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros, que sean la luz del alma: yo me siento, sobrina, a punto de muerte, querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte: llámame, amiga, a mis buenos amigos el cura, al bachiller Sanson Carrasco, y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno: ya soy enemigo

de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linage: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sanson le dijo: ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con esto? ¿y agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho: yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, un escribano que haga mi testamento, que en tales trances, como éste, no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que, en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos a otros, admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda le quisieron creer, y una de las señales, por donde congeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo; porque a las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fué por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando a la ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el cura diciendo: verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

Iten: es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza (a quien en mi locura hice mi escudero) tiene, que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como, estando yo loco fuí parte de darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y volviéndose a Sancho le dijo: perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error, en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi conse-

jo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía: mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado, quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver: si es que se muere de pesar de verse vencido, échelme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. Así es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fuí loco, y ya soy cuerdo: fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía: y prosiga adelante el señor escribano.

Iten: mando toda mi hacienda a puerta cerrada a Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfación, que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco que están presentes.

Iten: es mi voluntad que, si Antonia Quijano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad.

Iten: suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia, que anda por ahí con el título de «Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha, de mi parte le pidan cuán encarecidamente ser pueda perdone la ocasión que, sin yo pensarlo, le dí de haber escrito tantos y tan grades disparates, como en ella escribe porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste, donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo eso comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza: que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena, que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de Don Quijote después de recebidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente, y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu, quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno,

llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida y muerto naturalmente, y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor, que Cide Hamete Ben Engeli, le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas.

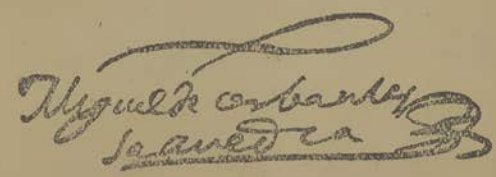
Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de Don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
Que a tanto estremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte:
Tuvo a todo el mundo en poco,
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada, o mal tajada, péñola mía, a donde viviras luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que a tí lleguen les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada:
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

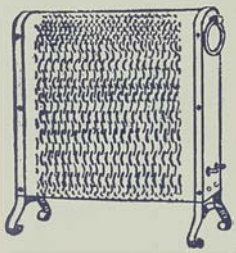
Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir: solos los dos somos para en uno a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros bastan las dos, que él hizo tan a gusto y beneplácito de las gentes, a cuya noticia llegaron así en estos, como en los estraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba; pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.



GUIA DEL COMPRADOR

MARTINEZ, H.NOS

Almacén de material eléctrico.



DESDE 60 PESETAS

Teléf. M-5087.-Fuencarral, 12

MADRID

SEÑORAS

Usad el añil perfumado marca

MARY

en droguerías y cacharrerías

MUEBLES

de lujo y económicos.

Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

Fotografía BIEDMA

CALLE DE ALCALA, 23

Teléf. M-730.-Hay ascensor.

¡¡EUREKA!!

CALZADO WALK-OVER

Nicolás, Mª Rivero, 11, Madrid

Evita el dolor de muelas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTÍFRICO

Perfuma el aliento

Alcoholera, Carmen 10

Fíjese, señora: El cabello blanco envejece; ¿para qué parecer viejos? Usad **La Flor de Oro** y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante. Esta tintura no contiene nitrato de plata.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

FRINÉ

NÚMEROS ATRASADOS
PRECIO: 15 CÉNTIMOS
DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES

Núm. 1. - Arte de no envejecer.
Núm. 2. - La mujer en el hogar.
Núm. 3. - La belleza de los ojos.
Núm. 4. - Los perfumes.
Núm. 5. - Los matrimonios.
Núm. 6. - La moda según el tipo.
Núm. 7. - La belleza de las manos.
Núm. 8. - La belleza de la boca.
Núm. 9. - Los bailes.
Núm. 10. - Las joyas.
Núm. 11. - Las ropas.
Núm. 12. - Modo de ordenar la casa.
Núm. 13. - Los peinados.
Núm. 14. - Educación de las jóvenes.
Núm. 15. - Las visitas.
Núm. 16. - La belleza del pie.
Núm. 17. - La belleza de la línea.

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

La novela TEATRAL

D. Francisco de Quevedo

Drama en cuatro actos, de

EULOGIO FLORENTINO SANZ

publicará mañana domingo

DIEZ céntimos

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid